

Gaetano Carlo Chelli  
**LA HERENCIA DE LOS FERRAMONTI**

Traducción: Pepa Linares

*La herencia de los Ferramonti (L'eredità Ferramonti)* se publicó por primera vez en 1884 (Casa Editrici Angelo Sommaruga e C., Roma).

He emprendido una vasta obra de observación en la que los puntos de luz y de sombra se alternan de un modo natural, tal y como ocurre en la lucha humana, de la que intento extraer algunos episodios. El que aquí sigue está lleno de sombras.

No anticipo la advertencia para defenderme de las susceptibilidades de la moral burguesa, siempre prontas y quisquillosas. Pretendo, más bien, que no se me culpe de excluir de mi obra la manifestación de sentimientos puros y elevados, aunque esté limitada a la función de antítesis artística.

Pues, si así fuera, faltaría yo deliberadamente a la verdad y traicionaría el único objetivo que me he propuesto.

Por tanto, en el caso de que me toque un lector dividido entre el deseo de serme fiel y un pavoroso presentimiento de mis perversidades, puedo prometer que, si continuamos juntos, no siempre encontraremos podredumbre.

Gaetano Carlo Chelli  
Roma, julio de 1883

## I

De Piazza di Ponte a Campo de' Fiori, el patrón Gregorio Ferramonti gozaba de la notoriedad y la consideración de un hombre al que se considera casi millonario. Una fortuna que se había labrado por sus propios medios. Los viejos lo recordaban todavía repartidor de Toto Setoli, un panadero del Pellegrino que lo había recogido por caridad. De repartidor pasó luego a mozo de mostrador y más adelante abrió una tienducha frente por frente a la de su antiguo patrón. Le robaba la clientela, después de haberle robado el dinero para hacerle semejante faena. Y, desde ese momento, su barco navegó, como suele decirse, viento en popa.

Pero se susurraban historias siniestras: la quiebra de Toto Setoli, después de dos años de hábil competencia por parte de su antiguo mozo, y su reventar de dolor y de rabia. Antes de pasar a mejor vida, había visto a Ferramonti dejar la tienducha de enfrente, para ocupar como dueño aquella en la que había entrado de repartidor. Fue el golpe de gracia. Setoli murió echando a Ferramonti mil maldiciones y augurándole que, si existía una justicia divina, habría de recibir su castigo con la nueva tienda.

A Gregorio le dio la risa. El traslado lo encaramaba a la cima del mundo. Reabría el local renovándolo con un mobiliario de madera clara y un encalado azul celeste en las paredes: ¡todo un lujo! Atraía más clientela poniendo en el mostrador a su mujer, algo más madura que él, pero estupenda, risueña, apetitosa y astuta. Otro chanchullo. La mujer, viuda del criado de un monseñor, le había aportado a Ferramonti unos capitales de origen misterioso, además de regalarle un hijo a los siete meses escasos de la boda. Las malas lenguas podían regodearse todo lo que les apeteciera, que el panadero tenía en la cabeza otras cosas en las que pensar. Le llovían las protecciones; se aventuraba en la nueva industria provisionando seminarios, conventos, internados y cuarteles. Durante muchos años, la panadería de Ferramonti tuvo una actividad pasmosa, sin perder nunca su modesta apariencia de tienda abierta en el corazón de un barrio popular.

Pese a todo, poco después de 1870, sin que en los motivos de su decisión entrara el deseo de descanso propio de un comerciante enriquecido, el patrón Gregorio se deshizo de su horno de pan, no sin llevar a cabo una operación ventajosa. Viudo y con una excelente salud, se sintió hastiado de una obra destinada a morir con él. Poco a poco habían ido evaporándose algunas de sus fantasías de otros tiempos: la esperanza de ver que los hijos lo sucedían en la industria; el aumento ilimitado de las riquezas de la familia; la fundación de una dinastía de panaderos Ferramonti, dueña de hacer y deshacer en el «arte blanco» de la zona. Los envidiosos se reían, creyendo que el castigo amenazado por Toto Setoli alcanzaba a Gregorio justo por ese lado.

En realidad, era un padre muy desgraciado. Mario, su primogénito, malcriado por la madre, había salido con todas las cualidades que requiere la vida de un tarambana. Vestía de elegante, nadaba en deudas y era un mujeriego impenitente, capaz de cualquier vileza. Había sido el primero en irse de casa, en 1868, a los veintidós años, después de una escena innoble. El patrón Gregorio, que no volvió a relacionarse con él, lo había abandonado a una vida equívoca de aventuras. No obstante, durante mucho tiempo, Mario encontró la forma de sacarle los cuartos a su encolerizado papá, ya que contraía deudas vergonzosas, auténticas estafas con las que arriesgaba la cárcel, y el panadero pagaba para ahorrarle tamaña deshonra a su nombre.

Los otros dos hijos, Pippo y Teta,<sup>1</sup> nunca lo entendieron así. Habían crecido con el instinto propio del mundillo del comercio, que induce a una familia acomodada a privarse de lo necesario con tal de acumular. Desde el principio, cuando Mario se mezcló con los gandules bien vestidos del Corso, lo consideraron un ladrón de la fortuna común y le guardaron un profundo rencor de avariciosos amenazados. Estallaron discusiones violentas, durante las cuales la señora Geltrude, la mujer del patrón Gregorio, tuvo que oír de todo por boca de sus hijos. Le habían echado en cara su predilección por un tunante nacido a la fuerza en casa y le preguntaban si no sería tan tierna con él porque le recordaba un pasado inconfesable. Y no les bastó con que la pobre mujer muriera de la vergüenza;

---

<sup>1</sup> Diminutivos de Filippo y Teresa. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]*

después de haber convencido ellos mismos a su padre de que echara a Mario a la calle como a un perro, su odio se hizo más intenso cuando descubrieron que el viejo continuaba pagando las deudas del apestado.

¡El honor de la familia!... Esa eterna excusa, que los enrabetaba, les sugería unas respuestas cínicas. ¡A ellos les habría gustado saber qué tenía que ver la familia con aquel granuja! Lo que más preocupaba eran sus continuos latrocinios. Se hacían los cálculos de memoria: ¡Mario no había salido adelante porque sí! Se contaban por miles los escudos que había sacado. Y Pippo se ahorra el pudor de las perífrasis, ¿es que había un pacto secreto para mantener los vicios del bastardo? O ¿es que el patrón Gregorio prefería ser el verdugo de su propia sangre por miedo a condenar su alma si dejaba que fuera a la cárcel un maldito hijo de cura?

Al final, el patrón Gregorio se vio obligado a quitarse de encima también al segundo retoño. Le dio tres mil escudos en dinero contante para que se fuera a otra parte y abriera una panadería por su cuenta. Pero resultó un nuevo motivo de disgusto. Pippo, solo por afrentar a su padre, concibió la insensata idea de emplear los tres mil escudos en adquirir un negocio de ferretería en Sant'Eustacchio.

El panadero estuvo a punto de perder la razón. Ni hecho aposta se le habría ocurrido un negocio más incoherente. Para remate, Pippo se casaba con la hija del comerciante que lo había embaucado, una cursi que iba de gran señora tal vez para dar a entender a los imbéciles que su miserable familia había amasado unas cuantas decenas de miles de liras, ¡aparte de los tres mil escudos estafados al asno que habían engatusado!

Entonces, desilusionado, el viejo Ferramonti vendió la panadería y se entregó a una existencia de hombre ocioso que rumia dolores y resentimientos. Bastaba con hablarle de sus hijos varones para que la cólera le nublara la vista: no quería ni oír su nombre; los maldecía contando sus infamias y volvía a prometer hacérselo pagar con creces y todo de una vez. Era difícil imaginar de qué modo. Nunca había dejado de adorar el dinero, ni de acumularlo siguiendo un régimen de vida mezquino, a pesar de sus riquezas. Los confidentes que elegía para sus desahogos de padre indignado sonreían con cierto sarcasmo, pensando que, tarde o temprano, aquellas dos

perlas de hijos recibirían por todo castigo un fortunón capaz de abrir el apetito incluso a los estómagos mejor alimentados. Pero algunos observaban que Ferramonti, olfateando las buenas ocasiones, se iba deshaciendo poco a poco de los bienes inmuebles adquiridos con el aumento de su fortuna comercial. Algo cavilaba, desde luego; tal vez una donación a su hija de todo el patrimonio convertido en bienes muebles, que permiten hacer lo que uno quiere con un solo gesto y en el momento oportuno.

Pues bien, en sí misma, era una opinión arriesgada. El patrón Gregorio, en sus momentos de penosa expansión, revelaba también los quebraderos de cabeza que le había dado y continuaba dándole la hija, a la que definía como de la misma ralea que sus hermanos. También ella, a una edad en que las jóvenes se comportan todavía con pudor, se había hecho eco de las habladurías de la calle para deshonorar a su madre, vejar a su padre y darle un pretexto a su odio por Mario. Además, no había quien la entendiera: era cicatera, tacaña, interesada hasta la exageración, y tenía unas extravagancias cerriles propias de una mente desquiciada. Leía novelas, iba de sentimental y algunas veces hasta de coqueta.

A principios de 1872, Ferramonti se ilusionó por un momento con que ella, por su propio interés, le diera al menos una satisfacción. Se le había presentado un partido de oro: un tendero del Tritone, inteligente y activo, que iba camino de reunir un gran patrimonio. Por lo demás, ella misma lo había alentado, cuando se veían en los conciertos de Piazza Colonna y a veces en el teatro, con mil melindres e incitaciones. Pues bien, aunque se trataba de un hombre agraciado, de apenas cuarenta años, Teta esperó a que la pidiera formalmente en matrimonio para responderle con un «no» rotundo y definitivo. No hubo forma de disuadirla.

Le preparaba a su padre una buena sorpresa. Dos meses más tarde se dejó raptar por un chupatintas de doscientas liras al mes. A Ferramonti casi le da un ataque. Permitted la boda para evitar el escándalo, pero juró que su hija no vería un céntimo. Cuando el novio se presentó para hablar de la dote, se produjo una escena trágica; el antiguo tendero, furibundo, lo trató de pordiosero, le señaló la puerta y lo amenazó con darle de patadas en el culo si se quedaba un minuto de más.

Paolo Furlin, el novio, se retiró para intentar otros caminos, quizá más largos, pero, desde luego, menos peligrosos. Reclamó la dote mediante un requerimiento judicial que pilló a Ferramonti por sorpresa. Al patrón Gregorio le repugnaba un pleito semejante, pese a que no le cabía duda de cuál sería el resultado para él. Se dio por vencido. Le asignó a Teta los tres mil escudos que había asignado a Pippo y se abismó como nunca en la amargura de sus rencores. Vivió así un año, como un superviviente de la ruina de su familia.

## II

Pippo no había previsto que en la ferretería también iba a encontrar mujer. Sin embargo, su matrimonio fue precisamente consecuencia de la adquisición.

Entre los clavos, las palas y las cerraduras, oyendo al patrón Giovanni Carelli, que le enseñaba la tienda antes de firmar el contrato, el joven Ferramonti se dio cuenta de la gravedad de su ocurrencia. Mandando al diablo el «arte blanco» para desairar a su padre, se había figurado que el comercio de la ferretería era preferible a todos los demás: un trozo de hierro es un trozo de hierro, tiene su precio determinado y los compradores lo adquieren cuando lo necesitan, sin que nadie deba animarlos con argucias especiales. Las habilidades comunes a todos los comerciantes, que él había aprendido desde pequeño, trabajando en la panadería de Via del Pellegrino, le parecían suficientes para salir adelante con honra.

Todo lo contrario, se encontró con un mundo nuevo. La voz chillona del patrón Giovanni le permitía adivinar artificios, trampas, juegos de prestigio y refinamientos del oficio que él ni siquiera había sospechado. Le faltaba toda una iniciación llena de dificultades y sutilezas incomprensibles. Pensó en poner pies en polvorosa, pero ya era demasiado tarde debido a la palabra empeñada y a la necesidad de vengarse de su padre, cosa que la confesión del enorme fiasco haría imposible.

Se abandonó a su destino, convencido de que se ataba una piedra al cuello para hundirse más rápido. Por otra parte, pensándolo bien, la ruina le habría proporcionado el modo de justificar una decisión escandalosa. Tenía necesidad de parecer respetable, por eso se había resignado a la expulsión ordenada por su padre, pero unos instintos de hombre brutal lo inducían muchas veces a fantasear con siniestras rebeliones, capaces de destapar su carácter terrible. ¡Muy bien! ¡Que el patrón Gregorio hiciera la prueba de ver a su hijo llevado al límite! Y ¡que se atuviera a las consecuencias!...

Aun así, no quería llegar al punto de dejarse robar a mansalva y que la clientela le tomara el pelo. De un modo más confuso, discurría que un hombre listo puede encontrar la fortuna con el negocio en apariencia más absurdo. En todo



caso, debía buscar quien lo fogueara en la materia. Los Carelli no podían dejarle la tienda en las manos como se deja un juguete a un niño, para que lo haga trizas si se le antoja.

Se lo comentó a los dos, a la mujer y al marido, con las palabras insinuantes y la sonrisa aduladora de quien pide un gran favor. Ellos lo comprendían, ¿verdad? Se encontraba perdido en la tienda, como un hombre con los ojos vendados. Claro que lo ayudarían durante unos veinte días; y no se arrepentirían... no, no se arrepentirían...

¡Vaya por Dios, no podían! Pippo vio que los Carelli se encogían de hombros y se miraban el uno al otro con la sonrisa indefinible de los tenderos que se burlan de un cliente incauto. Pero, en su frío egoísmo, eran de lo más amable: no podían, era cierto. El patrón Giovanni no debía volver a pisar la tienda por orden expresa del médico; y si la habían vendido era porque tampoco la señora Rosa, su mujer, estaba en condiciones de atender todo aquel trajín. ¿Qué ayuda podía esperar Pippo de ella? ¿No la veía? Si ya no podía moverse de su silla.

En el fondo, decían la verdad. ¡Menudo espectáculo le ofrecían a Pippo!... El patrón Giovanni consumido, atormentado por una tos cavernosa, deteriorado por una tisis senil; la señora Rosa enorme, deformada por la obesidad que la tenía inmovilizada en un sillón y la obligaba a jadear con el menor esfuerzo. Durante un instante Pippo se dejó llevar por el desaliento. Dejó caer los brazos, con el gesto angustiado de un hombre fuerte que se declara vencido.

-Yo creo que hay un modo de compaginarlo todo - balbuceó una voz tímida de muchacha.

Se volvieron los tres. Era la primera frase que Irene, la hija de los Carelli, introducía en el diálogo, al que había asistido apartada, mientras cosía.

-¡Dios mío, pues claro que lo hay! -insistió sonriendo, muy convencida.

Correspondía a la mirada que fijaba en ella Pippo, dudoso entre una esperanza que renacía y el temor a verse de nuevo defraudado y timado.

-Muy bien, pues, si lo encuentras, aquí estamos -la animó el patrón Giovanni-. Cuando se puede, no se le niega un favor a un amigo.

Entonces Irene se explicó con brevedad: ¿por qué no bajaban a la tienda su madre y ella? Ya que vivían en el segundo piso de la misma casa, solo tendrían que bajar con sus labores unas cuantas horas diarias, durante unos diez días, pasados los cuales al señor Ferramonti no le quedaría nada que aprender. Ella se haría cargo.

Los viejos Carelli se consultaron con la mirada, perplejos, con mil objeciones en la punta de la lengua. Nunca se les habría ocurrido semejante propuesta. Pero, de pronto, después de mirar también a su hija, la señora Rosa asintió resueltamente: claro que sí, se podía probar; Irene era bastante experta. Ella, la señora Rosa, buscaría un sitio cómodo detrás del mostrador, mientras que su hija se las ingeniaría para enseñarle al señor Pippo todo lo que necesitaba saber. Era una idea bien pensada, y el señor Pippo estaría contento.

Quedaron así. Pippo aceptó desilusionado, obligado por las circunstancias, que no le ofrecían un medio mejor. ¡Las cosas que le pasaban a él! Ahora debía recibir lecciones de una pobre criatura, a la que ni siquiera había visto en la tienda y a la que consideraba una bobalicona, imbuida de vanidad.

En realidad, Irene, con la lozana hermosura de sus dieciocho años, era, según lo que reflejaba su carácter, una flor delicada de modestia angelical; y, según lo que reflejaban su figura y sus rasgos, una señorita de fascinadora belleza. Los Carelli la custodiaban como se custodia un tesoro, la sacaban vestida de princesa y le proporcionaban toda suerte de diversiones honestas. Pero ninguna lengua venenosa de víbora podía decir que ese trato la hubiera estropeado. Jamás se le habían conocido enredos o amoríos de juventud. Puede que los aspirantes a sus favores acabaran renunciando, convencidos de que el matrimonio era el único resultado posible de un acercamiento a ella e intimidados por otra reflexión: una mujer así sería estupenda con doscientas mil liras de dote, pero ella, hija de un tendero poco afortunado, no tenía un céntimo. Por su parte, Irene actuaba como pocas habrían actuado en su caso, pues no se le podía reprochar ni el menor gesto ni la más inocente coquetería para atraerse a los galanteadores. Para ella, dudar de su porvenir habría sido como negar la justicia divina.

Era un tipo de morena, pero de morena tranquila, sin facciones caprichosas, sin brillos provocadores. Una de esas bellezas que son todo simpatía y despiertan apacibles pensamientos voluptuosos, deseos vagos, suaves, llenos de serenidad. Solo sus ojos pardos se te quedaban a veces en la memoria: dos ojos grandes y profundos que se ocultaban bajo los párpados y languidecían a la sombra de unas pestañas larguísimas, pero que, en ciertos momentos de descuido y animación, chispeaban de fiereza y energía. Era una transformación rápida, que hacía presentir la existencia de un ser desconocido bajo la calma aparente de la joven.

Un hombre del estilo de Pippo Ferramonti debía de sentir por ella una especie de desprecio instintivo. No tenía ni la procacidad de una muchacha apta para servirle de reclamo entre una clientela de hombres viciosos, ni la dura y fría energía de una tendera de instinto, que se olvida de ser mujer para convertirse en una máquina de hacer dinero. Al oír la expresarse para introducirlo en las picardías del negocio ferretero, a Pippo le habría gustado echarse a reír en sus narices. ¡Por Cristo, prometían ser curiosas aquellas lecciones! ¡Solo faltaba la intervención de una remilgada para que la horrible comedia acabara en el ridículo!

Ahora bien, el mal pronóstico de Pippo no se confirmó. Cuando bajó a la tienda, Irene probó con los hechos que el negocio de la ferretería no tenía secretos para ella. ¡Había que ver cómo adulaba a los clientes, cómo les encantaba, cómo los domaba, haciendo inútil el regateo de algún ofendido que encontraba exagerados los precios! Y ¡cómo daba valor a la mercancía! Tenía una afabilidad insinuante de vendedora discreta que ya ha pedido el menor precio posible por simpatía con el cliente; unos suspiros de mujer que reprime el disgusto de privarse de algo querido y precioso. En el fárrago de los variadísimos artículos, nunca la engañaba su ojo clínico; decía el precio con una intuición rápida, sin tomarse el esfuerzo de consultar los signos convencionales que suelen indicarlo en el comercio. Parecía nacida y vivida siempre en la tienda, y se habría dicho que la había convertido en su pequeño universo.

Pero eso era lo de menos. A Pippo le resultaba aún mucho más útil cuando lo iniciaba metódicamente en el conocimiento íntimo de su nuevo oficio. Le enseñaba a

distinguir las calidades del hierro, el temple del acero, la diversidad de las aleaciones y las fusiones; cuáles eran los artículos con los que más se ganaba, los de mayor venta, los más aptos para saltarse los precios corrientes en la zona. Una a una, con pequeños detalles, iba nombrándole las firmas proveedoras con las que convenía tener buenas relaciones y aquellas otras de las que convenía desconfiar. Había mafias que un comerciante sagaz y decidido podía esquivar, pero también otras a las que necesariamente debía someterse. Por ejemplo, el comercio del hierro en barras y del hierro colado. Habría sido una quimera pensar en conseguir esos géneros de primera mano. Los hermanos Mazzei ejercían el monopolio de mayoristas y comisionistas en la zona. No se podía encontrar una casa respetable que no estuviera vinculada con ellos por contratos especiales; pero, aun suponiendo que se hallara el medio de superar esta primera dificultad, una guerra abierta con los Mazzei significaría la quiebra en un plazo de tres o cuatro meses. Ya había ocurrido más de una vez.

Pippo escuchaba atónito. Delante de Irene, en la penumbra de la tienda grande y negra, enmudecía de asombro y admiración. Se sentía dominado y se daba cuenta de haber descubierto un milagro de mujer cuando menos lo esperaba. Intuía sus energías ocultas hasta el punto de verse intimidado. Era una cosa increíble: Irene actuaba siempre con modestia y sencillez; no había en ella un solo acto que delatara la conciencia de su fuerza. Hablaba con una voz natural y amable; con alguna perplejidad propia de quien no siempre está segura de sí misma. Oyéndola de lejos, sin distinguir las palabras, habría sido imposible imaginar la maravilla de criterio que demostraba con aquel aspecto suyo de señorita hecha para alimentarse de frivolidades.

Los días pasaban así rápidamente. Pippo, consternado por la idea de que las largas entrevistas tuvieran que acabar muy pronto, se hacía el tonto para prolongarlas. Desgraciadamente, Irene echaba por tierra su juego y, con su admirable paciencia, hacía aclaraciones breves y precisas que a la fuerza había que entender. Entonces Pippo trató de robar tiempo a las lecciones ausentándose de la tienda o buscando otros temas de conversación. Un día se dio cuenta de que, sin pensarlo, había encontrado la solución. La joven llevaba un

cuarto de hora asistiendo muda y ansiosa a una explosión de sus amarguras secretas. Ah, ¿sí? ¿Sentía curiosidad? Pues bien, iba a ver cuánto tenía él que echar fuera...

A Pippo se le escapaba la confesión de sus rencores de hermano y de hijo, todo el drama de la lucha codiciosa que había dividido a la familia Ferramonti. No eran cosas para contar a una muchacha, pero salían a borbotones de los labios irrefrenables de Pippo, con la excitación propia de un carácter que por fin encuentra desahogo. Al fondo de la tienda, entre las sombras grisáceas de la chatarra grande, interrumpidas por los reflejos amarillentos de los latones y los brillos claros de los utensilios bruñidos, se dieron escenas indescriptibles: la voz fuerte de Pippo invadía la atmósfera estallando, rugiendo, con una vehemencia y una furia capaces de helar la sangre en las venas. Movido por el rencor contra su padre, llegaba al extremo de justificar los latrocinios de su hermano Mario. Era lo menos que se merecía el viejo abusón. No había en todo el mundo un monstruo traidor a su sangre como él. Daba una limosna de tres mil escudos a un hijo que lo había ayudado siempre, sin defraudarle jamás un céntimo, ¡él, que contaba el dinero por centenares de miles! No, por todos los santos, eso no podía acabar bien. Pippo se volvería loco si tuviera que renunciar a una solemne venganza.

Pero Pippo pagaba caros aquellos excesos. Una mirada suplicante, un estremecimiento de horror por parte de Irene, lo dejaban con la palabra en la boca. Perdía el norte, caía de repente en el abatimiento de la vergüenza. No se conformaba con la opinión que la muchacha podía formarse de él y, a su vez, temblaba sobrepasado por el desprecio de sí mismo. Le habría gustado que ella actuara al menos de otro modo, que lo considerara digno de su cólera, que exigiera de él promesas de arrepentimiento. Se habría sentido capaz de cualquier humillación con tal de no verla en aquel estado. Y llegaba a no tener siquiera el valor de disculparse. Se alejaba pálido, deshecho, jurándose que no volvería a dar el vergonzoso espectáculo de su perfidia.

Ella no hacía nada por retenerlo, pero, cuando volvían a verse, con palabras veladas, sabía darle unos consejos de buena persona que infundían una rara ternura en su corazón. Pippo se abandonaba a una debilidad voluptuosa. Tal vez, a

intervalos, recuperaba la conciencia de su superioridad de hombre fuerte, positivo y brutal, delante de aquel carácter dulce y respetuoso de muchacha; pero una especie de atracción desconocida, intensa, magnética, lo inducía a desfallecer también él con cosas tiernas, como un afeminado o un imbécil.

Pasó un mes, a Pippo no le quedaba nada más que aprender y las Carelli ya no tenían motivos para estar en la tienda. Una mañana, la señora Rosa anunció al joven comerciante que al día siguiente su hija y ella se quedarían en casa. Se fueron hacia las dos del mediodía, la hora de comer, deseándole cordialmente toda la suerte del mundo.

Pippo se sintió aturdido, como si le hubieran dado con un palo en la cabeza. No durmió esa noche, agitado por mil pensamientos. Por la mañana se encontró tan solo, tan desolado, tan perdido, que la tienda le pareció odiosa. Entonces, de golpe, se le ocurrió una idea: ¿por qué no se casaba con Irene Carelli?

Todo le aconsejaba aquel paso. A los veintisiete años, dueño de un negocio, no podía continuar célibe. Una mujer lo ayudaría, lo situaría en el puesto de un burgués serio y respetable. Era indudable que él podía aspirar a una dote que Irene no tenía, pero ella valía más que una dote. Ella sola, con sus modales de señorita y su gran habilidad, haría prosperar el negocio atrayendo a una clientela con la que podrían ganarse capitales. Había que creer que los Carelli eran una pareja de viejos idiotas por no haberlo entendido antes que nadie.

La dificultad estribaba en ver si Irene lo aceptaría a él. Por este lado, lo asaltaba el abatimiento propio de un tímido que aspira a cosas extraordinarias. Aunque modesta y buena, la jovencita no era, desde luego, tan incauta como para ignorar que podía pretender una posición muy superior a la de ferretera. Y, por otra parte, su educación, sus gustos, su carácter, necesariamente debían hacerle inaceptable la idea de unirse a un hombre rudo, ineducado y vulgar. Pippo pintaba un cuadro horrible de sí mismo; la desesperación lo abrumaba. ¡Qué va! ¡Solo pensar en aquel sueño era una necesidad!

Pero continuó pensándolo durante tres o cuatro días interminables. Al final, la angustia se le hizo insoportable. Lo asaltaba la fúnebre idea de colgar un nudo corredizo de uno de

los ganchos de la tienda y pasárselo por el cuello. Pero aquel exceso le dio el valor que le faltaba. Un domingo por la mañana, de improviso, subió a casa de los viejos Carelli para informarlos de que perdía la cabeza por Irene y deseaba hacerla su esposa.

Se mostraron sorprendidos, inseguros, indecisos entre el deseo de complacerlo y la idea de no renunciar a ciertos proyectos que insinuaban con frases imprecisas. De todas formas, era Irene quien debía pensárselo bien y decidir por sí misma. Ellos, aparte de los buenos consejos que imponía la gravedad de la circunstancia, dejarían plena libertad a su hija para que decidiera como el corazón y la razón la aconsejaran. ¿No era un lenguaje de buenos amigos y de caballeros?... Pues bien, pedían el tiempo necesario para reflexionar y, en todo caso, quedaban agradecidos al señor Ferramonti.

Tardaron otros seis largos días. El pobre Pippo adelgazaba a ojos vistas y ofrecía grifos a quien le pedía cerraduras inglesas y clavos a quien quería limas. Si hubieran esperado aún más, habría sucedido algo tremendo. Pero al sábado siguiente dijeron que sí, después de haber obtenido de Pippo la más formal de las renunciaciones a toda pretensión de asignaciones dotales presentes o futuras. La boda se aceleró. No se tomaron más que el tiempo estrictamente necesario para las formalidades legales.